

cárcel, forajidos, hechiceros, sanadores, perturbados, pordioseros o penitentes, rateros, y aún sacerdotes que arrojaron los hábitos, exseminaristas o laicos disfrazados de mendicantes; alguno, como ocurrió en todas las Indias, halló cobijo entre las naciones indias no sometidas. Con cierta frecuencia los juzgados atribuían sus faltas al destino o a la fatalidad, pero queda bien patente en los casos analizados que los beneficiarios del nuevo sistema y sus consejeros áulicos pretendían por encima de todo erradicar el mal ejemplo y liquidar tipos que podían no ser piedra de escándalo sino referente para los disconformes que no aceptaban las mentiras, trampas y alienaciones del capitalismo que pronto se disfrazaría con piel del liberalismo.

Miquel Izard

Bernabeu Albert, Salvador (ed.) (2000) *El Septentrión novohispano: ecohistoria, sociedades e imágenes de frontera*, Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo, Nº 39, CSIC, Madrid.

Quizás nunca como en las postrimerías del siglo XX y los primeros días de nuestra novel centuria las ciencias sociales hayan prestado atención al espacio desde el punto de vista del “lugar” en el que se vive. La experiencia del imaginario espacial está superando en gran medida la reflexión acerca de la temporalidad, esto es, la propia experiencia de la dimensión temporal de los seres humanos, quizás por la crisis de los grandes relatos emancipadores y de la idea del progreso indefinido. La experiencia política y social, por otra parte, incide en el hecho de que se haya puesto en discusión un bagaje de categorías entre las que sobresalen voces como global y local, ecología y ecosistema, con todos sus derivados consecuentes. En este marco se encuadra el libro editado por Salvador Bernabéu Albert, que busca en la ecohistoria y en las imágenes de frontera del norte novohispano, modelos de análisis para estudiar las vinculaciones entre los seres humanos y el espacio, insistiendo en la importancia de la sociedad de frontera (*borderlands*). Precisamente **David Weber**, en su estudio sobre las ideas en torno a los límites y fronteras españolas, recuerda que fue el historiador Herbert Eugene Bolton quien introdujo el término “spanish borderlands” al lenguaje académico norteamericano para hacer alusión a las regiones de Florida y California que actualmente pertenecen a Estados Unidos, y sobre las que España ejerció su dominio durante siglos. Pensar las regiones de frontera, no sólo por la línea de diferenciación jurisdiccional, sino como un

espacio de creación y de contactos, ha sido una de las grandes contribuciones de la historiografía de los últimos tiempos, en la que pueden mencionarse, como siempre, los trabajos de Frederick Jackson Turner sobre la frontera norteamericana y, más recientemente, los de Peter Sahllins para el caso de la frontera franco-española.

El "inmenso Septentrión Novohispano", como afirma **Bernabéu Albert**, fue, después del tratado de Guadalupe-Hidalgo, compartido por dos naciones, México y los Estados Unidos. Espacio y temporalidad poco conocidos, permiten abordar la región a través de técnicas más localizadas, y esto es precisamente lo que hacen, desde diversas perspectivas, **Martha Micheline Cariño**, **Chantal Cramaussel**, **Salvador Álvarez**, **Patricia Osante**, **Martha Ortega**, **Salvador Bernabéu Albert** y **David Weber**.

El área del sur californiano durante la larga duración de los años 1500 a 1940, es objeto de estudio de **Micheline Cariño**, quien sostiene que la aridez y aislamiento del terreno no debe hacernos pensar que esta región carece de historia: la autora parte de la comprobación de la escasa importancia del pasado indígena, de las leves experiencias misionales durante la colonia, y de la reducida incorporación del área al mercado interno nacional durante los siglos XIX y XX, para afirmar que, a pesar de ello, la historia del sur californiano interesa por su estatus de "antebrazo de México". La ecohistoria de esta región, afirma la autora, refleja la lucha cotidiana de sus pobladores desde una perspectiva "regional" y poniendo énfasis en formas de apropiación, aprovechamiento y explotación de los recursos naturales. Las estrategias utilizadas por los seres humanos pueden ser clasificadas en modelos: adaptativo, propio de sociedades indígenas; de aprovechamiento, típico de la sociedad colonial y de la economía ranchera; y de saqueo, viciado al ingreso al mercado nacional y a la hegemonía de "la explotación intensiva y exhaustiva de los recursos naturales".

Chantal Cramaussel, se centra en la época colonial para describir el significado del "camino real de tierra adentro" que servía de enlace entre la ciudad de México y el Septentrión incluso a lo largo del siglo XIX. El camino real conectaba diversas localidades en un denso tramo no uniforme, desde Guadalupe hasta Santa Fe, y exigió siglos para su construcción, a partir del descubrimiento de las minas de Zacatecas en 1546. El estudio de este camino, tierras adentro, permite a la autora señalar que "ni durante la época colonial ni en el siglo XIX fue posible que los viajeros se desplazaran solos por las grandes extensiones del norte, librados a sus propios recursos". La inseguridad, propia de estas zonas "de frontera" de todo el continente latinoamericano, obligaba a los particulares a elegir rutas indirectas y a viajar acompañados, lo que condicionaba el tránsito de carros y carretas, así como los asentamientos, índices del poblamiento real de la región. Tal como afirma Cramaussel, "un buen conocimiento del proceso de poblamiento local es imprescindible para explicar el trazado de muchos de los grandes caminos del pasado". En este

proceso histórico, la autora demuestra que Zacatecas se convirtió en punto de convergencia de viajeros. La integración de las diversas localidades exigió un trazado preciso de rutas e itinerarios que incluían el control del agua y los obstáculos orográficos.

Salvador Álvarez elige la primera mitad del siglo XVIII para analizar el proceso de colonización agrícola y minera en la región de Chihuahua, aspecto ineludible si se pretende conocer la colonización española en general en el norte de Nueva España. Como señala el autor, el acontecimiento que marcó el inicio del auge metalífero (que tanto esfuerzo exigió en el virreinato novohispano así como en el de Perú) fue la fundación de los reales de Santa Eulalia de Mérida y San Francisco de Cuéllar. Para explicar este proceso, elige considerar la historia “mucho más lenta y compleja” de la tierra de frontera y el poblamiento agrícola de la región. La región minera de Chihuahua, entonces, se funda tanto en haciendas agrícolas como en misiones religiosas de jesuitas y franciscanos, en un proceso de lento poblamiento de “gente de armas” (proceso similar a otros contextos de colonización como los relatados por Ezequiel Gallo para el caso de la “Pampa gringa” en Argentina), es decir, colonos militarizados que colaboraron durante décadas en la ocupación real del territorio. El autor concluye que la “omnipresencia de las haciendas y sus propietarios en todos los ámbitos de la actividad económica es, en el fondo, producto de la historia del poblamiento de esta región”, que supuso la hegemonía de esas mismas haciendas.

Siguiendo con la perspectiva evangelizadora de las misiones, en particular las jesuitas, **Salvador Bernabéu Albert** estudia el imaginario colonial que acompañó a los novohispanos en su avance hacia el Septentrión. Elige para ello la región de la península de California y sostiene que las experiencias de los misioneros, como ocurrió en México y en Perú, acompañaron el proceso de conquista y colonización, y orientaron la confección de crónicas, historias, relaciones, cartas misionales, etc., que constituyen verdaderamente el corpus sobre el que se fundan las imágenes del Norte en la cultura occidental. Una de esas imágenes toma al diablo o demonio como fenómeno esencial del discurso teológico en el Virreinato de la Nueva España. Los jesuitas, dice Bernabéu Albert, demonizaron la realidad americana en general, y la de la Baja California en particular. El ejemplo de las empresas del padre Miguel Venegas sirve al autor para graficar la manera en que los misioneros construyeron la imagen infernal en las tradiciones indígenas locales, desmereciéndolas ante los “nuevos cristianos” radicados en California, en el marco de lo que Nathan Wachtel popularizó como la suerte de “los vencidos”.

Patricia Osante, esta vez tomando como eje los grupos de poder de una nueva entidad político-administrativa como la Colonia del Nuevo Santander, estudia la estrecha asociación entre el sector gubernamental y quienes dirigieron el proceso colonizador de la zona que actualmente ocupa el Estado de Tamaulipas. Dichos grupos participaron política y financieramente para hacer

posible la ocupación del territorio, habilitando lo que el autor denomina “pacificación”, y respondieron a proyectos privados y regionales. A través de la gestión de José de Escandón y del auditor de Guerra y Hacienda, el marqués de Altamira, Osante analiza el período que va de 1748, año en que se ratifica el establecimiento de la Colonia, a 1766, cuando es destituido Escandón como primer gobernador y fundador. El autor muestra los conflictos de poder entre los diversos grupos, así como las expectativas reales, que dieron lugar a la formación de la oligarquía regional en el siglo XIX.

Martha Ortega inserta su trabajo también en el proceso colonizador europeo en América, pero insiste en la política de expediciones científicas rusas del siglo XVIII, perspectiva que complejiza la que se está dando cuerpo a partir del estudio de los viajes organizados por Francia, Inglaterra o España en América. Aborda la presencia rusa a través del proceso de colonización en la provincia novohispana de la Alta California, donde Rusia culminó su expansión en América al fundar un pequeño establecimiento, donde es posible analizar enfrentamientos entre rusos y españoles, así como la convivencia con los indios del norte de Alta California, en particular las comunidades Miwok, Yuki y Pomo. La autora concluye que los rusos no integraron a estos indígenas a su cultura ni provocaron cambios en la vida tradicional nativa.

David Weber concluye que la historia de esta región no sólo es atrayente desde la perspectiva de las regiones hispanohablantes, sino también para Estados Unidos. Sin embargo, relata que uno de los estudiantes de Bolton (que advirtió sobre el interés de esta región) se sintió defraudado en 1960 ante el rechazo con que los latinoamericanistas percibían esta región, y el desinterés demostrado por los historiadores del Oeste. Para los primeros, parecería que “estas provincias remotas nunca hubieran sido españolas”, y para los segundos “como si fueran prefiguraciones exóticas ajenas a todo desarrollo posterior” (citado de John Caughey por David Weber, p. 186). Es indudable que esta contribución que intenta repensar el *borderland* mexicano hacia el norte se inserta en una problemática actual, la de los chicanos y la de quienes conviven con culturas disímiles y, en cierto modo, encontradas, como la mexicana y la estadounidense. Regiones marginales, David Weber afirma que estas regiones son periféricas también respecto a la historia de Estados Unidos y de Latinoamérica. Como reconoce el propio editor, México, al configurarse como Estado nacional, elaboró también su historia nacional, repleta de relatos sobre la guerra con Texas y los Estados Unidos. Quizás el objeto principal de esta obra colectiva sea poner sobre el tapete la historicidad de la región, mucho antes que estos episodios, para dialogar en un terreno multidisciplinar sobre el sentido otorgado al área por diversos colectivos humanos.

Gabriela Dalla Corte